



CAPÍTULO XIV

Cartas interceptadas

De Trinidad Torres Lares

á doña Mencía López de Quiñones

IHS.

4 de Octubre de 1858.



UY querida amiga: Recibí la nueva carta que me envía nuestro amigo, y crea que me he conmovido. ¡Pobrecillo, solo y sin auxilio en tierras distantes, herido y á punto de perder la vida! De buena ha escapado, y quizá su alivio sea un milagro que le aproveche para su salvación.

El disgustillo que sentía contra él ya está olvidado; Juan llevaba razón y yo estaba equivocada, ó mejor, ninguno de los dos teníamos motivo de enojo. Dígale usted que soy la misma de siempre, y que yo, que nunca llegué á creer en su traición, no tengo por qué no creer en la duración de su cariño.

Sólo me affige una cosa: como mis padrecitos saben de seguro, que Juan, engañado por malos amigos, anda en unión de los pícaros constitucioneros, pueden pensar que no tiene ya las buenas ideas que recibió de su familia, y que se ha vuelto ladrón y asesino como esos malvados. Usted y yo sabemos que eso no es cierto y que Juan es el mismo de siempre; pero, ¿cómo hacemos creer lo mismo á mis señores padres?

La conserva de limón, tal como la hacía mi bendita madre Sor Expectación del Santísimo Sacramento, que obtuvo la receta de Sor Manuela de las Cinco llagas, que la hubo de Sor María Teresa de Santa Mónica, que la hubo á su vez del Padre Feliciano Pimentel, nuestro fundador, es como sigue: Se escogen los limones más verdes, frescos y porosos; se echan en agua y se rallan en una piedra pómez, procurando quitarles no más lo de encima, y que conserven su color verde; se abren en cruz para que salga el jugo y se ponen al horno un corto rato: al segundo hervor se les pueden sacar las tripas para que más pronto se desamarguen, haciendo esto con cuidado para no maltratarlos, advirtiendo que los hervores deben ser muchos, pero cortos, para que se les quite completamente el mal sabor, y que cada vez que se haga esto se deben echar en agua fría para pasmarlos.

En el almíbar sólo han de dar uno ó dos hervores, que son suficientes. Fíjese mucho en los varios hervores, pues

de otro modo la fruta se hace talluda y adquiere sabor de cuero.

La mermelada está bien según me la describe.

Adiós, mi buena amiga; la abraza en Nuestro Señor.

TRINIDAD TORRES LARES.

Aumento. — Ya concluída ésta, ha comenzado el horrible estruendo del sitio. Desde ayer á medio día hasta hoy á las ocho y media nos han desvelado el ruido de la fusilería y de los cañonazos. El resplandor era tan vivo, que se podía leer una carta á la luz de las balas.

Nosotras pasamos la noche postradas en el suelo, en oración hacia el Divinísimo, que estaba expuesto. Parece que al mismo tiempo que este convento se atacaron los de Jesús María, San Felipe y Santo Domingo. ¡Qué horror! Dicen que hay por las calles muchísimos cadáveres de hombres y de viejos, multitud de niños que buscan á sus padres, y muchas mujeres que han perdido á sus hermanos ó esposos.

¡Dios mejore nuestras horas y haga cesar esta maldita y desastrosa guerra!

A mí no se me apartan un punto mis padres, mis hermanos y el pobrecito Juan. La Mano poderosa del Señor les auxilie sacándoles con bien. *Vale.*

De Buenaventura Ortiz á Juan Pérez de la Llana.

(La fecha anterior).

Mi querido Juan: Sé ya la manera con que me salvaste y tu generosa conducta hasta entregarme en manos de un médico del ejército liberal, que me puso bueno después de quince días de batallar entre la vida y la muerte. ¡Dios te lo pague!

Luego que pude me puse en pie, y en el ejército del señor Miramón he recorrido media República, y tengo esperanzas de recorrer la otra media. Ahora me vino de lo alto encerrarme en Guadalajara, pues me enfermé aquí á fines del mes pasado. ¡Ojalá no me toque pelear contra mi salvador, ni tener que hacer armas contra él, como en otra vez, poco antes de tener las obligaciones que ahora!

Mientras mis compañeros luchan en el Norte contra el fantasmón de Vidaurri, yo estoy aquí resuelto á caer sin gloria, pero con honra, pues de seguro vamos á acabar antes de mucho, caso que no nos auxilién como creemos y aguardamos.

El día siguiente al en que Casanova perdió los cuantiosos elementos que el Gobierno había puesto en sus manos, se reunió en Palacio una junta de guerra, y en ella manifestó el general en jefe lo escaso de los recursos con que se contaba, lo desmantelado de la plaza y la falta de tropas regulares con que resistir un asedio; y terminó

proponiendo el abandono de la ciudad para volver contra ella en tiempos mejores.

El general don José María Blancarte, que es un valiente y un hombre de acción, sostuvo que la plaza podía defenderse y propuso los medios para evitar que cayera en manos de las chusmas de Degollado. Casanova dijo que su parecer era el que había dicho; pero que si el general Blancarte ú otro jefe querían tomar el mando, él estaría de su parte y defendería el punto que se le señalara, como el último y más obediente soldado. Replicó Blancarte diciendo que, caso de aceptar la oferta de Casanova, era contando con su espada, y quedó resuelto que el viejo pronunciado del 52 fuera el jefe de la ciudad.

En seguida salió el General á la plaza, y dirigiéndose á la pequeña guarnición que allí estaba formada y que no pasaba de cuatrocientos hombres, le dijo: «Muchachos, el que quiera morir conmigo que dé tres pasos al frente; el que no quiera morir conmigo, que se retire, pues no se le seguirá ningún perjuicio.» Todos dieron tres pasos al frente vitoreando á Blancarte, como él vitoreó la causa de la religión y del orden.

Desde ese día quedó decidida nuestra suerte, y esos cuatrocientos, unidos á novecientos paisanos que se reclutaron después, fué toda la tropa con que contamos.

Ya veremos quién obtiene el triunfo. Por de pronto te digo que me siento horrorizado de saber que esos de-

pravados que se llaman Cruz Aedo y González prediquen diariamente desde los fortines, achacando al clero vicios y picardías que á todo tirar tendrán esos apóstoles cimarrones. Que se presenten por este fortín de los *Valientes*, esquina del Santuario de Guadalupe, y verán cómo son recibidos á balazos.

También me arde el alma de considerar que esos mismos farsantes ú otros colocaron en un baluarte un muñeco vestido de obispo, abrazado á una muñeca con traje de china poblana, y con sendos letreros que decían: *¡Muera Espinosa! ¡Muera la religión!*

Pero no quiero seguir contándote cosas que de seguro á ti te desagradan tanto como á mí, y prefiero solamente desearte toda la salud que es menester para sufrir hambres, pestes y guerras, sin estacar la zalea más de una vez.

Mucho te quiere tu hermano.

BUENAVENTURA.

De Juan Pérez de la Llana á Juan Díaz Covarrubias

20 de Octubre de 1858.

Mi querido hermano Juan: Aquí nos tienes frente á esta ciudad, sin dar un solo paso definitivo y sin resolvernos á obrar con la celeridad y la fuerza que serían menester.

Don Santos no se atreve á dar un ataque enérgico que aparte de ser aventurado traería grandes males á la ciudad, dejándola en un estado de ruina espantoso.

Ayer Ogazón y Vallarta hablaron largamente con el jefe, y le excitaron á obrar, pues Miramón puede venir á la hora menos pensada en auxilio de la plaza y



D. JUAN DÍAZ COVARRUBIAS

malograr todos los esfuerzos hechos. El General les advirtió que necesitaba aguardar tropas de refresco, pues acababa de recibir cartas de Sánchez Román, Langlois y Coronado, anunciándole su arribo para dentro de poco.

Nuestro General, que es el hombre mejor del mundo, está enormemente disgustado con el giro que toman los sucesos. No bastaría toda la energía imaginable para sofocar los instintos de desorden de las gavillas que se han añadido al ejército y que aseguran estar trabajando por la libertad. No hay palabras con que pintarte la disolución de ciertos grupos que se encuentran entre nosotros, dando más que hacer que el mismo enemigo.

El peor de todos es el ya famoso Antonio Rojas, que ha ilustrado sus anales con el asesinato del desgraciado Piña. Es hombre como de cuarenta años, de color blanco, de buenos ojos negros, ancho de espaldas, patiestevado y que lleva toda la barba. Manda la sección que lleva su nombre, que es la más floreciente reunión de racimos de horea que pueda encontrarse bajo las estrellas. En días pasados cayeron sobre una tienda situada por la capilla de Jesús, amarraron é hirieron al dueño, violaron en su presencia á las hijas, la mujer y la hermana, y cuando el desgraciado pedía la muerte á gritos para no mirar tanta infamia, los bandidos se alejaron cantando y diciendo chistes.

Un bribón llamado «El Gallito» recorre constantemente los barrios, detiene á los hombres, mujeres ó muchachos que halla indefensos, y con su frase favorita, *pélate ahí*, los despoja de cuanto llevan.

Un tal Mariconviche, sacerdote italiano, predica diariamente contra el clero, poniendo á los padres mexicanos que no hay por dónde cogerles. Parece que este sujeto, que era capellán de la sección Pérez Gómez, fué expulsado por creerse que no fuera tal sacerdote y que ahora se ocupa de despachar gentes al cielo como capellán de la brigada Blanco.

A las predicaciones de Mariconviche les hacen consonante las publicaciones de Filomeno Medina, el *Perico*, colimote que ha empezado á publicar una serie de cuader-

nitos en verso para burlarse de Dios y de los santos en el único tono que tiene: el de una absurda y necia chocarrería. Este Pablo Luis Courrier, casero, acaba de publicar una conversación con Santiago Apóstol, que no carece de cierta gracia pesada y ordinaria.

Como tú comprendes, á don Santos le saben á rejalgar estas cosas, pues como honrado y amigo del orden, es el primero nuestro General; pero ni puede prescindir de ciertos elementos, ni aunque pudiera sería conveniente que entrara en pugna con sujetos que creen que así debe conducirse la guerra.

Ya te mantendré al corriente de todo; entre tanto, diviértete mucho en esa *ciudad maldita*, como llamamos á México los constitucionalistas, y manda á tu amigo que de veras te quiere,

JUAN PÉREZ DE LA LLANA.

De Buenaventura Ortiz á Juan Pérez de la Llana

Tala, 31 de Octubre de 1858.

Mi querido Juan: Quisiera escribirte por menudo todos y cada uno de los terribles sucesos que se han desarrollado en estos días, á fin de que en caso ofrecido, puedas decir lo que pasó la sufrida y débil guarnición de Guadalupe.

Principio por decirte que yo me encuentro á la hora

de esta sin pantalones, sin sombrero, sin zapatos, y para decirlo todo de una vez, sin prendas de militar ni de paisano.

Salí de esa disfrazado de fraile, con cerquillo abierto y sayal de lana, después de permanecer oculto en el convento de Zapopan durante dos días. Ya sabes el refrán: vale más salto de mata que ruego de buenos.

Todos los días aguardábamos el auxilio. Mientras ustedes recibían del norte y del sur, del oriente y del occidente, tropas nuevas y de refresco que les servían para llenar sus bajas y aumentar su efectivo, nosotros sólo teníamos pérdidas y más pérdidas. El Gobierno de México nos abandonó á nuestra suerte, y durante un mes largo estuvimos á merced del que quisiera acabar con nosotros.

El combate del veinticinco, fué como el destello de una lámpara que se apaga. En el del veintisiete, ya no hubo duda de que todo iba á terminar de una manera fatal para nosotros. El ingenio bárbaro de las minas, que puso en planta el bandido Chesman, que confunda Dios, surtió excelentes resultados para ustedes. Frustrada la de San Felipe dió fuego la del Santuario, y por allí y por el fortín de la Catedral penetraron dos columnas como de mil hombres, que en vano quisieron detener á la bayoneta doscientos que estaban en la plaza de la Soledad.

¡Qué noche! Entre el estruendo de la fusilería y de los cañones, de los edificios que se derrumbaban, de los heri-



De allí tomaron más de cien mil pesos...

dos que gemían y de los batallones que avanzaban, multitud de pelados ebrios rompía con hachas las puertas de las tiendas del portal, robando la peluquería de Lacroix y las tiendas de Cogordan, Arce y otras muchas. Fué menester que una patrulla que venía del rumbo del Santuario disparara con bala rasa contra esos discípulos de Rojas, para que se detuvieran los robos.

Me refugié en Jesús María, punto que estaba á cargo de Casanova, y me encontré allí la confusión más grande. El padre Rojas Vértiz y el canónigo Cueva trataban de impedir el paso de los constitucionalistas mandados por Maciel y Rojas; el canónigo fué herido en la cabeza, mientras el capellán quedaba con una mano traspasada por un tiro. De allí tomaron más de cien mil pesos en dinero y en alhajas que habían depositado los ricos de la ciudad, ultrajaron á las religiosas y salieron como unos verdaderos demonios.

De todas las otras iglesias tomaron incensarios, navetas, cálices, patenas, vestiduras sagradas y campanas. ¡Qué horror!

Luego que pude salí de Guadalajara, no queriendo ponerme en el trance de que me salves la vida nuevamente, pues quizás ahora no lo lograras.

Pronto nos veremos, sino en el mismo, en diferentes campos. Mientras eso pasa, te envió mi abrazo muy cariñoso.

BUENAVENTURA.

De Juan Pérez de la Llana á Juan Díaz Covarrubias

29 de Octubre de 1858.

Aquí me tienes, Juan mío, descansando en grande como si hubiera ascendido de una vez al Colima, y vuelta. Ha terminado el sitio de Guadalajara, que me produjo las conmociones más terribles que he sufrido en mi vida.

Por de pronto, te aviso que la ciudad cayó ayer por la tarde. Reducido Blancarte al puesto de San Francisco, continuó defendiéndose con tesón de desesperado, hasta que comprendió que era menester capitular. Así lo hizo, saliendo con su escasa guarnición á refugiarse en la casa de don Antonio Alvarez del Castillo. Allí estaba, cuando el bandido Rojas, el mayor bellaco y facineroso que come pan en el país, se presentó acompañado de otros tan bribones como él, diciendo que llamaba Degollado al general vencido para aclarar algún punto de la capitulación. Replicó Blancarte que no había capitulado, insistió Rojas, se enardecieron los ánimos (que era lo que el bandido buscaba), salieron á luz las pistolas, don José María disparó la suya matando á tres de los asaltantes, y él quedó acribillado á tiros y puñaladas al pie de la cama donde había dormido.

Yo ví huellas de las manos sangrientas estampadas todavía en las paredes y en el lecho, y el arma de Blancarte tirada al lado de donde estuvo su cuerpo difunto.

¿Vas á decirme que Blancarte era un pillo y un mal hombre? Nunca lo creí tanto; pero suponiéndolo un monstruo, un Rojas, vamos al decir, no merecía que se le hubiera tratado como se le trató, cuando él descansaba en la palabra de nuestro General y en la honorabilidad de nuestra causa.

Don Santos declaró fuera de la ley á Rojas, mandó á buscarle por medio de Rocha, y trató de imponerle el castigo debido; pero apoyado como está el bribonazo por gente muy alta que le mima y quizá le aplaude las gracias, se ha salido de Guadalajara, riéndose de que le pongan fuera del bacín (son sus palabras).

Antes el mismo bandido había muerto, también por su propia mano, al licenciado don Felipe Rodríguez, antiguo secretario de Blancarte, en una casa de extramuros donde se ocultaba.

Pero el acto más terrible de todo el drama fué la ejecución de Piélagos y Monayo. Te acordarás de que uno y otro fueron los asesinos de Herrera y Cairo. Los liberales se la tenían sentenciada, y ellos, que lo sabían, se ocultaron prudentemente al acabar el sitio. Se les buscó como ojo de hormiga, se dió con ellos, y sin figura de juicio se les ahorcó.

Yo ví cuando sacaron á Piélagos del convento de Jesús María, en donde se ocultaba. Era hombre de estatura procerosa, bien proporcionado de su persona, de gran barba